

## LA COMPRENSIÓN DE LA GUERRA EN LA ASIRIA DEL SIGLO VII A. C. CIENCIA DE LA GUERRA Y EFICACIA DE COMBATE EN UN MODELO DE LA HISTORIA MILITAR: ŪLĀIA, 655 A. C.<sup>1</sup>

Joaquín María Córdoba Zoilo  
Universidad Autónoma de Madrid

*“Las leyes de la estrategia .....son, por así decirlo, las formas a priori de la intuición bélica .....”*

*Ernst Jiinger*

Señala Anton Moortgat que Assurnasirpal II (883-859 a. C.) ocupó un lugar muy especial no sólo en la historia política de Asiria, sino también en la historia de su arte. Porque su decisión de cambiar la tradicional decoración pictórica de los palacios por series de relieves llevaría la vida cotidiana y la historia a la figuración, originando además la base técnica, temática y estilística de los dos siglos siguientes<sup>2</sup>. Comenzó a desarrollarse así un repertorio de imágenes realistas y descriptivas, que poco a poco fueron evolucionando plástica y estéticamente, convirtiéndose en una crónica visual de la historia de Asiria<sup>3</sup> sin precedentes ni continuidad posterior, que hoy nos permite emprender investigaciones como el análisis que aquí propongo.

Los relieves asirios conocidos son muchos, tanto los depositados en colecciones públicas y privadas como los ya perdidos pero documentados por los dibujos de A. H. Layard<sup>4</sup>, sus colaboradores y sucesores<sup>5</sup>, los de P. E. Botta y E. Flandin<sup>6</sup> y los de V. Place y sus colaboradores<sup>7</sup>. Fatalmente por cierto, no pocos de los dibujados entonces y

<sup>1</sup> Para la toponimia en lengua asiria adopto la sugerida por el *The Helsinki Atlas of the Near East in the Neo-Assyrian Period*, a cargo de S. Parpola & M. Porter (eds.). The Casco Bay Assyriological Institute / The Neo-Assyrian Text Corpus Project, Helsinki 2001.

<sup>2</sup> A. Moortgat: *Die Kunst des Alten Mesopotamien. Die klassische Kunst Vorderasiens*. Verlag M. DuMont Schauberg, Köln 1967, p. 135. El autor insiste además en que el Palacio como tal se convirtió en una unidad artística, más que en una mera empresa arquitectónica.

<sup>3</sup> I. J. Winter: “Royal Rhetoric and the Development of Historical Narrative in Neo-Assyrian Reliefs”, *Studies in Visual Communication*, 7 (1981), pp. 2-38.

<sup>4</sup> A. H. Layard: *Nineveh and its Remains*. John Murray, London 1849. A. H. Layard: *The Monuments of Nineveh. From Drawings made on the Spot*. John Murray, London 1849.

<sup>5</sup> Excelente es la edición recopilatoria de dibujos y fotografías de los relieves al Palacio Suroeste de Nínive, ofrecida por R. D. Barnett, E. Bleibtreu and G. Turner: *Sculptures from the Southwest Palace of Sennacherib at Nineveh*. The British Museum Press, London 1998.

<sup>6</sup> P. E. Botta: *Monument de Ninive*. Imprimerie Nationale, Paris 1849-1850. La obra comprende cuatro volúmenes de ilustraciones y uno de texto. Los dos primeros están dedicados a la arquitectura y escultura, y en ellos se reúnen 165 láminas con las plantas y dibujos de Flandin. Sobre la publicación, véase B. André-Salvini, “Introduction aux publications de P. E. Botta et de V. Place”, en E. Fontan, N. Chevalier (dir.): *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*. Réunion des Musées Nationaux, Paris 1994, pp. 166-175. Expresamente las pp. 166-172. Consúltese también el estudio y las láminas de P. Albenda: *The Palace of Sargon, King of Assyria. Monumental Wall Reliefs at Du-Sharrukin, from original drawings made at the time of their discovery in 1843-1844 by Botta and Flandin*. Éditions Recherche sur les Civilisations, Paris 1986.

<sup>7</sup> V. Place: *Ninive et l'Assyrie*. Imprimerie Nationale, Paris 1867-1870. La obra estaba ordenada en tres grandes volúmenes. Los volúmenes primero y tercero (publicados en 1867) estaban dedicados a la descripción, método y materias diversas, y el segundo (aparecido en tercer lugar, en 1870) reunía las ilustraciones y los daguerrotipos. Sobre esta edición véase B. André-Salvini, “Introduction aux publications de P. E. Botta et de V. Place”, en E. Fontan, N. Chevalier (dir.): op. cit., pp.172-175.

conservados *in situ* hasta hoy han sido destruidos y entregados al pillaje del comercio clandestino de obras de arte desde mediados de los años noventa, como consecuencia del embargo, la crisis económica y social iraquí y la indefensión del estado y sus intereses dentro y fuera de Iraq<sup>8</sup>. Pero en todo caso, en original, dibujo o fotografía, los relieves asirios fueron desde muy pronto analizados con el método y los objetivos propios de muy distintas disciplinas: por su expresión y contenido artístico<sup>9</sup>, como ilustración de costumbres y prácticas<sup>10</sup> o como género narrativo a partir incluso de posibles influencias foráneas<sup>11</sup>. Mas dejando aparte las consideraciones artísticas, costumbristas o de cualquier otro tipo, lo cierto es que los relieves pueden ser vía de entrada al estudio de parcelas insospechadas de la cultura y las capacidades de Asiria, como, por ejemplo, en el ámbito de la historia militar y la teoría de la guerra. Creo que la observación atenta de los relieves que ilustran hechos históricos precisos, conocidos también por su relato en los anales reales y otras fuentes documentales, analizados con los métodos propios de la ciencia histórico-militar, permitirían entender mejor una faceta bien definida de la Antigüedad asiria: su ciencia y teoría de la guerra.

## 1. EJÉRCITO ASIRIO E HISTORIA DE LA GUERRA

Los estudios generales sobre la historia de la guerra suelen mostrarse demasiado parcos en la consideración de los orígenes del fenómeno<sup>12</sup>, y los específicamente dedicados a su estudio en el Oriente antiguo no han sido hasta hoy especialmente numerosos, aunque en años recientes haya crecido la atención dedicada. Pero todavía hoy, la obra de Y. Yadin –con las reservas que su más que curiosa periodización y título imponen a cualquier analista ecuánime–<sup>13</sup> apenas sí ha tenido continuación en tratados que presentan ciertas limitaciones de partida<sup>14</sup>, en ediciones de trabajos colectivos con intención divulgadora<sup>15</sup> o en obras que si bien corrigen el sorprendente encuadre histórico de Y. Yadin, adolecen por el contrario de un menor aliento y una más limitada

---

<sup>8</sup> J. M. Russell: *The Final Sack of Nineveh. The Discovery, Documentation, and Destruction of King Sennacherib's Throne Room at Nineveh, Iraq*. Yale University Press, New Haven and London 1998. El autor documenta fotográficamente el estado de los relieves, troceados y destruidos por los saqueadores. Además, levanta dibujos de los fragmentos conservados y publica fotografías tomadas por él mismo en 1989, a efectos comparativos. La evidencia resulta demoledora. Se trata de uno de los despojos más sorprendentes por su desprecio al patrimonio de la Humanidad y la impunidad del delito.

<sup>9</sup> E. Akurgal: *Orient et Occident. Le naissance de l'art grec*. Éditions Albin Michel, Paris 1969. Sobre los estilos de relieve asirio y su arte en general, véanse pp. 9-43. A. Moortgat: op. cit., 135-141 y 155-159 especialmente. R. D. Barnett: *Assyrian Palace Reliefs*. British Museum, London 1970. R. D. Barnett: *Sculptures from the North Palace of Ashurbanipal at Nineveh*. British Museum Publications, London 1976.

<sup>10</sup> B. Hrouda: *Die Kulturgeschichte des assyrischen Flachbildes*. Bonn 1965.

<sup>11</sup> O. Kaelin: *Ein assyrisches Bildexperiment nach ägyptischem Vorbild. Zu Planung und Ausführung der "Schlacht am Ulai"*. Ugarit-Verlag, Münster 1999.

<sup>12</sup> Así por ejemplo, la reciente obra a cargo de A. Martínez Teixidó (dir.): *Enciclopedia del Arte de la Guerra*. Editorial Planeta, S. A., Barcelona 2001. Un libro de casi seiscientas páginas, apenas sí dedica siete a considerar los ejércitos y la guerra en Oriente Próximo antiguo.

<sup>13</sup> Y. Yadin: *The Art of Warfare in Biblical Lands. In the Light of Archaeological Study*. McGraw-Hill Book Company, Inc., New York, Toronto, London 1963.

<sup>14</sup> N. Stillman and N. Tallis: *Armies of the Ancient Near East 3000 BC to -539 BC*. A Wargames Research Group Publication, Worthing, Sussex 1984.

<sup>15</sup> J-M. Durand y otros: *La guerre au Proche-Orient dans l'Antiquité. Les Dossiers d'Archéologie*, 160 (1991), número monográfico dedicado al tema en sus distintas vertientes.

comprensión del hecho militar que aquél<sup>16</sup>. Y en una perspectiva cronológicamente más corta, las consideraciones específicas sobre grupos nacionales<sup>17</sup> o momentos episódicos<sup>18</sup> resultan también escasas, salvo en el caso de Asiria, cuyo ejército e historia militar mereció una pronta atención.

Resulta pues que el ejército asirio y su historia militar, además de haber sido temprano objeto de investigación, continúa siendo asunto prioritario en los análisis del hecho militar dedicados al Oriente Próximo antiguo. Tal vez en parte por las razones que W. von Soden apuntó en su día –la voluntad imperial a partir de un pequeño núcleo y la aparente brutalidad peculiar revelada en inscripciones y relieves–<sup>19</sup>, pero también quizás porque las fuentes de estudio proporcionadas por la cultura asiria son abundantes y variadas. El caso es que ya en 1910, W. Manitius pudo demostrar la existencia del ejército permanente<sup>20</sup>, en un trabajo minucioso que no ha sido luego superado ni sustancialmente modificado en sus conclusiones, salvo en algunos detalles y en fechas muy recientes<sup>21</sup>. Seguirían después estudios diversos sobre el arte de la guerra, armas y representaciones de las mismas y las tropas, o estudios sobre el ejército en sí, entre los que cabe destacar los de W. von Soden<sup>22</sup>, B. Hrouda<sup>23</sup>, J. Reade<sup>24</sup> o F. Malbran-Labat<sup>25</sup> entre otros, completados o apoyados parcialmente en una excelente documentación arqueológica, procedente en su mayoría de las antiguas excavaciones y las colecciones de relieves asirios, así como de los hallazgos diversos habidos en Kār-Salmānu-ašarēd (Kalḫu)<sup>26</sup>. Por ello podemos hoy considerar incluso los diferentes uniformes de las distintas armas<sup>27</sup>, y desde luego perfilar la imagen de un ejército complejo<sup>28</sup>, formado por un núcleo permanente básico y otros complementarios, en los que se repartían una infantería polivalente, una caballería bien dotada, carros pesados, intendencia, zapadores y servicios de información: un ejército de gran movilidad, que vemos capaz de todas las combinaciones tácticas posibles, así como de adaptarse con éxito a los más

<sup>16</sup> A. Ferril: *Los orígenes de la guerra (Desde la Edad de Piedra a Alejandro Magno)*. Colección “Ediciones Ejército” (Estado Mayor del Ejército), Madrid 1987.

<sup>17</sup> J. P. Vita: *El ejército de Ugarit*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 1995.

<sup>18</sup> D. Lacambre: “La bataille de Hirḫum”, *MARI* 8 (1997), pp. 431-454.

<sup>19</sup> W. von Soden: “Die Assyrer und der Krieg”, *Iraq* XXV, 2 (1963), pp. 131-144. Vid. p. 131.

<sup>20</sup> W. Manitius: “Das stehende Heer der Assyrenkönige und seine Organisation”, *ZA* XXIV (1910), pp. 97-149 y 185-224.

<sup>21</sup> J. N. Postgate: “The Assyrian Army in Zama”, *Iraq* LXII (2000), pp. 89-108. El mismo J. N. Postgate destaca la claridad y vigencia del trabajo de Manitius, reconociendo que lo poco que puede modificarse hoy se debe a materiales que en tiempos del estudioso alemán no habían sido publicados todavía o ni siquiera descubiertos, y que la I Guerra Mundial cortó sus planes de emprender un estudio aún más ambicioso y completo.

<sup>22</sup> W. von Soden: op. cit., 1963.

<sup>23</sup> B. Hrouda: op. cit., 1965.

<sup>24</sup> J. Reade: “The Neo-Assyrian Court and Army: Evidence from the Sculptures”, *Iraq* XXXIV, 2 (1972), pp. 87-112.

<sup>25</sup> F. Malbran-Labat: *L'armée et l'organisation militaire de l'Assyrie d'après les lettres des Sargonides trouvées à Ninive*. Librairie Droz, Genève-Paris 1982.

<sup>26</sup> D. Stronach: “Metal Objects from the 1957 Excavations at Nimrud”, *Iraq* XX, 2 (1958), pp. 169-181. M. E. L. Mallowan: *Nimrud and its Remains*. Collins, London 1966, 2 volúmenes. Sobre Kār-Salmānu-ašarēd y sus hallazgos, véase Vol. II, pp. 369-599. Dalley and N. Postgate: *The Tablets from Fort Shalmaneser*. British School of Archaeology in Iraq, London 1984. T. Dezsö and J. Curtis: “Assyrian Iron Helmets from Nimrud now in the British Museum”, *Iraq* LIII (1991), pp. 105-126.

<sup>27</sup> J. N. Postgate: “Assyrian Uniforms”, en W. H. van Soldt (ed.): *Veenhof Anniversary Volume. Studies Presented to Klaas R. Veenhof on the Occasion of his Sixty-Fifth Birthday*. Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, Leiden 2001, pp. 373-388.

<sup>28</sup> E. Mayer: 1995

diversos escenarios de combate<sup>29</sup>. No obstante –y como en buena medida se desprende de las obras citadas hasta ahora–, la mayor parte de los estudios disponibles se dedican a la consideración de uniformes, armas y equipos, unidades, estructuras y mandos sin entrar en la filosofía o utilización de las armas, las unidades y el medio geográfico, bien sea por su estrecha dependencia de los textos, bien por su limitación al objeto material, o bien por la sorprendente y reiterada relegación de los instrumentos analíticos propios de la ciencia militar clásica. Y así, la definición de la imagen histórica del ejército asirio, llevada a cabo con una metodología académica tradicional, aséptica por racional, aunque correcta en lo fundamental, expresa bien poco de lo que entendemos por ciencia militar. Porque la reconstrucción de la imagen militar de una potencia histórica debe atender también a la de su teoría de la guerra y sus concepciones tácticas y estratégicas. Pues parafraseando el pensamiento de Ernst Jünger que encabeza este artículo, la intuición bélica revelada por los asirios sería una forma *a priori* de las leyes clásicas de la estrategia, válidas para cualquier época y vigentes ya entre ellos. Y es que un analista documentado ha de comprobar que Asiria aplicó principios reales de estrategia y táctica. El problema es hallar y seguir el hilo que consiga reconstruirlos a través de los elementos disponibles.

## 2. EJÉRCITO ASIRIO Y CIENCIA DE LA GUERRA

Escribía F. Malbran-Labat con razón que, con las cartas usadas por ella como base para su estudio del ejército asirio de época sargónida, resulta difícil sacar un cuadro de aspectos tales como la estrategia aplicada a uno u otro teatro de operaciones<sup>30</sup>. Pero el esfuerzo científico sobre las elecciones estratégicas y tácticas de los mandos asirios se remonta casi a los orígenes del interés sobre el tema militar en Asiria. A comienzos del siglo XX, M. Pancritius esbozaba los primeros tanteos sobre el tema de la dirección de la guerra<sup>31</sup>. En su estela, J. Hunger reflexionaba sobre lo poco que se sabía entonces en cuanto a tácticas de combate asirias, orden de batalla o situación del mando operativo durante el combate, aunque estimaba que en todo caso podía deducirse una preferencia táctica propia de la teoría de la guerra asiria: el ataque combinado sobre el eje y los flancos del enemigo, llevado a cabo más que por una falange cerrada, por unidades tácticas menores, mediante ataques enérgicos, animados por una conducta de combate definida por la “estrategia de asalto” y el principio de “siempre adelante”<sup>32</sup>. El asunto no llamó sin embargo la atención, hasta que H. W. F. Saggs lo retomara, atendiendo a las razones que justificaban la eficacia sin parangón del ejército asirio –núcleo permanente, rapidez de desplazamientos, razones políticas como base de preferencias estratégicas y tácticas–, así como a la consideración de un modelo estratégico y táctico preciso aplicando como método la comparación teórica con el pensamiento de un clásico de la ciencia de la guerra, C. von Clausewitz<sup>33</sup>. Al tiempo, W. von Soden atendía la planificación estratégica de las campañas asirias –deducibles de la información proporcionada por las fuentes escritas–, estrategia que como ciencia militar consideraba ya madura desde la reforma de Tukultī-apil-Esara (744-727 a., de

---

<sup>29</sup> J. M<sup>a</sup> Córdoba: “Die Schlacht am Ulaya-Fluss. Ein Beispiel assyrischer Kriegführung während der letzten Jahre des Reiches”, en H. Waetzoldt, H. Hauptmann (eds.): *Assyrien im Wandel der Zeiten*. Heidelberg Orientverlag, Heidelberg 1997, pp. 7-18.

<sup>30</sup> F. Malbran-Labat: p. Cit., 1982, p. 4.

<sup>31</sup> M. Pancritius: *Assyrische Kriegführung von Tiglat-pileser I. bis auf Samsi-Adad III*. Königsberg 1904.

<sup>32</sup> J. Hunger: “Heerwesen und Kriegführung der Assyrer”, *AO XII* (1911). Vid. pp. 33-34.

<sup>33</sup> H. W. F. Saggs: *Assyrian Warfare in the Sargonid Period*, *Iraq XXV*, 2 (1963), pp. 145-154.

C.), pues con él y sus sucesores alcanza un alto sentido, capaz de plantear una ofensiva general en frentes distintos pero dirigidos simultáneamente por un mando estratégico central<sup>34</sup>. En la estela de ambos, el interés sobre la teoría de la dirección de la guerra asiria se volvió a despertar, cuando B. Hrouda reiteró que la esencia del planteamiento táctico asirio había sido siempre el ataque sobre el frente y los flancos<sup>35</sup>, o cuando N. Stillman y N. Tallis definieron un orden de batalla supuestamente asirio, con infantería en el centro, carros y caballería en los flancos, con el objetivo táctico de cerrarse en pinza sobre los flancos del enemigo<sup>36</sup>, y cuando A. Ferrill propuso lo que él llamaba la “gran estrategia asiria”, una elección estratégica global impuesta por su realidad política, a cuyo adecuado cumplimiento se habría sometido siempre la organización militar<sup>37</sup>. Más recientemente en fin, J. Scurlock ha escrito sobre preferencias tácticas asirias, proponiendo el análisis de cuatro batallas históricas muy distintas<sup>38</sup>.

Llegados a este punto, parece obvio concluir que la aplicación práctica de ciertos elementos de la ciencia de la guerra clásica nos permitirían definir con claridad no pocos de los presumibles principios vigentes en la organización militar asiria. Es lógico pensar por ello, que si prestamos una atención cuidadosa en la selección de nuevos instrumentos, la combinación de la documentación tradicional con los medios analíticos propios de la ciencia militar moderna se producirán mejores y más amplios resultados.

### 3. FUENTES OBJETIVAS ASIRIAS Y RECURSOS ANALÍTICOS DE LA CIENCIA MILITAR.

La historia de Asiria pone en nuestras manos dos tipos de fuentes principales: las fuentes arqueológicas –relieves, armas, fortificaciones y otras evidencias deparadas por la excavación– y las fuentes escritas –anales de los reyes de Asiria, documentos de los pueblos enfrentados u otros propios muy variados, como informes, cartas, etc.–, ambas relativamente abundantes. Las declaramos objetivas no porque lo sean en un sentido estimativo, pues esculpidas o escritas por los mismos asirios en su mayoría tienden a disminuir las pérdidas propias o ignorar los efectos dramáticos que las guerras ejercieron sobre ellos o sus ciudades y gentes. Pero poseen ciertos lenguajes objetivos útiles para el historiador: nos dan información y datación de un hecho preciso que tuvo lugar, aunque las circunstancias no fueran tan gloriosas ni tan ineluctables como se deja entrever. Y en cuanto a las imágenes, los tipos recogidos y la disposición de los mismos, probablemente nos están diciendo bastante más de lo que estamos acostumbrados a ver.

Por severos que seamos con las fuentes en aplicación rigurosa de la crítica y la lógica, más allá de las exageraciones introducidas en los textos y las omisiones intencionadas en los relieves, lo cierto es que la evidencia histórica demuestra el éxito global del sistema militar asirio en la construcción y defensa de un imperio tan amplio como conflictivo dentro y fuera de sus fronteras. Entre Assurnasirpal II (883-859) y la muerte de Assurbanipal (627), el ejército asirio prácticamente sólo conoció la victoria. Tanto los potentes estados luvitas y arameos de Siria, como Babilonia, Egipto, Elam, Urartu e incluso los de regiones remotas del este de Anatolia, todos acabarían siendo

<sup>34</sup> W. von Soden: op. cit., 1963, p. 143.

<sup>35</sup> B. Hrouda: op. cit., 1965, p. 150.

<sup>36</sup> N. Stillman, N. Tallis: op. cit., 1984, pp. 60-62.

<sup>37</sup> A. Ferrill: op. cit., 1987, pp. 102-106.

<sup>38</sup> J. Scurlock: “Neo-Assyrian Battle Tactics”, en G. D. Young et al. (eds.): *Crossing Boundaries and Linking Horizons*. Studies in honor of Muchael Astour. CDL Press, Bethesda 1997, pp. 491-517.

dominados por la fuerza de la armas e integrados en el imperio<sup>39</sup>. Y por encima de análisis precisos, la eficacia militar del ejército, su armamento<sup>40</sup> y sus rendimientos tácticos se demuestran óptimos en escenarios distintos e incluso opuestos: la alta montaña durante las campañas en Urartu, las estepas y los desiertos más extremos – como en las mantenidas con los árabes de las estribaciones de los desiertos de Siria y Arabia–, las regiones pantanosas meridionales de la Mesopotamia inferior, contra arameos y babilonios, y en las regiones costeras o en las llanuras y regiones fluviales, como sería habitual en los enfrentamientos con los elamitas.

La secuencia cronológica de los hechos militares se realiza a través de la consideración y crítica de las fuentes arriba citadas, pero la formulación de una historia de la guerra y la dirección de la misma debe hacerse también mediante el recurso a medios analíticos propios, los clásicos del pensamiento militar. Como referente básico estimo la obra de Carl von Clausewitz, utilizado ya con resultados excelentes en diversos estudios sobre la VIII Campaña de Sargón en Urartu<sup>41</sup> o sobre las guerras en Elam<sup>42</sup>, porque gracias al apoyo que su pensamiento nos presta, la oscuridad manifiesta de muchos hechos de armas se comprende mejor. Pero hay otros posibles que propongo ahora emplear como medio para obtener una mejor comprensión de la teoría de la guerra vigente en Asiria y de las razones de su capacidad. Así pues, si tomamos como “laboratorio de pruebas” uno de los hechos de armas más estudiados de toda la historia militar asiria, la batalla del Ūlāia celebrada el 655 a. C., propongo sumar a la guía de lectura que supone el referente del pensamiento clásico en su mejor expresión, dos nuevas estimaciones amparadas también en instrumentos de análisis precisos: el combate y sus efectos sobre la moral del combatiente por un lado, y el grado de eficacia del soldado en dicho combate por otro. Es como si sometiéramos el problema a tres escalones diferentes de análisis, la suma de los cuales debería proporcionarnos una imagen todavía más correcta y fundamentada de las capacidades y virtudes del ejército asirio, evidentes por otra parte en la mera consideración de los hechos históricos conocidos.

Para un nuevo análisis de la batalla de referencia, como primer escalón hemos de reiterar el empleo de la obra decisiva de C. von Clausewitz<sup>43</sup>, soporte básico de

---

<sup>39</sup> M. Liverani: *Antico Oriente. Storia, società, economia*. Editori laterza Roma-Bari 1988, pp. 785-811.

<sup>40</sup> Siempre en constante mejora, como se comprueba en cualquier estudio sobre el ejército en general y su armamento. Así en M. Healy: *Los antiguos asirios*. Ediciones del Prado, Madrid 1991.

<sup>41</sup> H. W. Saggs: op. cit. 1963. Igualmente, J. Blanchard Smith: “A Tactical Re-Intepretation of the Battle of Uaush: Assyria an Uratu at War 714 BC”, en A. Çilingiroglu, D. H. French (eds.): *Anatolian Iron Ages 3. The Proceedings of the Third Anatolian Iron Ages Colloquium held at Van, 6-12 August 1990*. The British Institute of Archaeology at Ankara, Ankara 1994, pp. 229-239.

<sup>42</sup> J. M<sup>a</sup> Córdoba: op. cit. 1997.

<sup>43</sup> C. von Clausewitz: *Vom Kriege*. Me remito a la edición de Werner Hahlweg, edición completa según el texto original, de tres partes en un volumen. Considero esta edición como la de referencia básica por su minuciosidad y fidelidad al espíritu y la letra del autor. Véase C. von Clausewitz: *Vom Kriege. Hinterlassenes Werk des Generals Carl von Clausewitz*. Neunzehnte Auflage – Jubiläumsausgabe, mit erneut erweiterter historisch-kritischer Würdigung von Dr. phil. Werner Hahlweg, Professor für Militärgeschichte und Wehrwissenschaften an der Universität Münster / W. Ferd. Dümlers Verlag, Bonn 1991. Las citas sobre el pensamiento de Clausewitz se refieren a esta edición. No obstante, existen varias versiones de su obra en español. Así C. von Clausewitz: *De la guerra*. Ediciones Ejército, Madrid 1980, primera edición completa y muy fiel. Otra edición más reciente es la versión española a partir de una inglesa considerada modélica en parte por sus estudios de introducción. Así C. von Clausewitz: *De la guerra*. Edición y traducción de M. Howard y P. Paret, con ensayos introductorios de los mismos y Bernard Brodie. Ministerio de Defensa, Madrid 1999. En nota inicial se indica que la decisión de traducir desde la versión en inglés es debida a la alta estima que el trabajo de M. Howard y P. Paret ha conseguido

cualquier análisis sobre estrategia y táctica, cuya bien ganada condición de clásico del pensamiento militar le hace objeto de elección obligada<sup>44</sup>, pues como se ha dicho con justo criterio, “para la mayoría de los militares y estudiosos que han analizado *De la guerra* ha resultado evidente que es el libro de teoría militar más profundo de cuantos se han escrito nunca”<sup>45</sup>. Ahora bien, no es que proponga tomar los ejemplos de un clásico del siglo XIX –muy alejado de los asirios y su mundo, desde luego–, cuya experiencia intelectual se formó en Kant, Fichte y Pestalozzi entre otros<sup>46</sup>, y la militar en el estudio de las campañas de Federico el Grande, a más de su experiencia personal y el estudio de las guerras napoleónicas. Lo que propongo es utilizar su exposición para el análisis de la guerra más antigua, utilizándola como elemento revelador de los principios generales de la guerra, ya presentes en la Antigüedad y desde luego en el siglo XIX, principios que Clausewitz supo exponer con la claridad y la exactitud que le convierten en clásico e instrumento imprescindible. Son percepciones y realidades que en parte responden a lo que T. N. Dupuy llama verdades eternas de la guerra y el combate, presentes en el medio geográfico y la utilización militar del mismo. Los principios de ofensiva y defensiva, las constantes del comportamiento humano en el combate, las ideas fundamentales y el desarrollo práctico de la estrategia y la táctica<sup>47</sup>.

El segundo escalón de análisis estaría en la consideración de las situaciones de combate real y sus efectos en la moral del combatiente asirio, de los mecanismos que deciden la moral de combate. La utilización de la obra de otro clásico como el coronel Charles Ardant du Picq –que curiosamente, y como Carl von Clausewitz, también habría de morir sin llegar a ver publicados sus *Estudios sobre el combate*–<sup>48</sup>, puede prestarnos elementos sólidos siempre iguales a lo largo del tiempo, pese a contingencias técnicas. Comprenderemos mejor así la situación real del combatiente antiguo en los momentos previos al choque, entendiendo también que la organización, ordenamiento táctico y valores asumidos por el ejército y el mando asirio ayudaban como pocas a

---

en el ámbito especializado, tanto que en su opinión ha llegado “hasta el extremo de invalidar a la práctica totalidad de las anteriores, incluidas las realizadas en alemán”. Pero teniendo en cuenta que la edición original de M. Howard y P. Paret es de 1976, y que la última de W. Hahlweg es de 1991, no sé hasta qué punto se trata de una evidencia contrastada o la simple justificación de una decisión editorial, como tantas otras influida por la anglosajonización del mercado editorial. Cierto que los trabajos de M. Howard y P. Paret merecían su traducción al español, pero no me parece lógico aceptar como canónica la versión inglesa de un original alemán, ni tampoco omitir cualquier referencia a W. Hahlweg que los editores de Oxford y Stanford reconocen base de su edición y fuente incluso de sus índices. Desde el punto de vista del original alemán, la versión en inglés no supone aportación alguna, sino una traducción. Otra cosa es el interés de los estudios introductorios, pero en uno y otro caso me parecería más propio haber publicado la traducción al español de la edición de W. Hahlweg, sus comentarios e índices, y acompañarla con los estudios de M. Howard y P. Paret.

<sup>44</sup> Lo que no excluye la consideración de clásicos más cercanos, como los bien conocidos de la doctrina militar española, entre los que cabe destacar la obra de Francisco Villamartin: *Nociones del arte militar*. Ministerio de Defensa, Madrid 1989. Más próximo a nosotros en el tiempo, pero con el mismo valor de la literatura militar clásica es en general la obra de Miguel Alonso Baquer, y en concreto el libro: *¿En qué consiste la estrategia?.* Ministerio de Defensa, Madrid 2000. Por el contrario y a pesar de su fama y cierto predominio durante un tiempo, me parece que la obra de H. A. de Jomini: *Compendio del Arte de la Guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid 1991, carece de los perdurables valores y la penetración mostrada por C. von Clausewitz.

<sup>45</sup> T. N. Dupuy: *La comprensión de la guerra. Historia y teoría del combate*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid 1991, p. 61.

<sup>46</sup> M. Alonso Baquer, A. de Querol y M. Kutz: *Clausewitz y su entorno intelectual*. Ministerio de Defensa, Madrid 1990.

<sup>47</sup> T. N. Dupuy: op. cit. 1991, pp. 27-36. J. M<sup>a</sup> Córdoba: op. cit. 1997, p. 11.

<sup>48</sup> Ch. Ardant du Picq: *Estudios sobre el combate*, Ministerio de Defensa, Madrid 1988.

conseguir un comportamiento sólido en el campo de batalla. Valor de comparación aplicable, las ideas generales expuestas por Ch. Ardant du Picq sobre el combate antiguo son tremendamente sugestivas: por ejemplo, que a distancia de carga se marchaba hacia el enemigo a la mayor velocidad posible, como parte del impulso moral; que en tropas instruidas, el choque nunca era ciego; que la alineación no se podía perder porque de su continuidad dependía el apoyo mutuo; que la desmoralización y la huida empezaba siempre por las últimas filas de una formación, lo que parece difícil de explicar, pero se ha cumplido siempre; que las caballerías enemigas nunca se enfrentaron realmente a paso de carga; que la solidaridad de los combatientes siempre ha sido la mejor reacción frente al fuego desmoralizador de los proyectiles lanzados a distancia contra una formación y, en fin, que la cuestión final continúa siendo todavía la misma, como debió serlo en época asiria: la calidad real de las tropas<sup>49</sup>. En estas constantes, relacionadas más con la moral y la condición humana que con las distintas situaciones de desarrollo histórico, parece fácil entrever lo mucho que deductivamente podríamos aplicar al comportamiento del combatiente asirio.

Finalmente, un tercer escalón estaría en la reflexión sobre las razones de la contrastada eficacia del soldado asirio a lo largo de más de dos siglos de combates contra enemigos diversos, en su mayor parte no menos aguerridos que ellos, empeñados en teatros de operaciones muy complejos y diferentes. Lo ideal sería contar con los elementos suficientes como para poder aplicar una ecuación básica de cálculo como la propuesta por T. N. Dupuy en su “*Modelo de evaluación cuantitativo*” (*QJM*), una fórmula de cuantificación de la potencia de combate<sup>50</sup>, capaz de medir, prever y por lo tanto permitir la toma de decisiones por el mando en función de variables que tienen en cuenta la eficacia relativa en el combate, la disminución del rendimiento de las tropas y sus causas, la fricción y el desgaste, el comportamiento humano y el concepto de los multiplicadores de fuerza. Pero como él mismo apunta, cualquier teoría ha de tener siempre en cuenta los trece conceptos invariables y fundamentales de la guerra – “verdades eternas” como las llama el autor– que constituyen su componente humano<sup>51</sup>. Aunque quizás un minucioso estudio de las fuentes escritas y arqueológicas pudiera permitirnos establecer ecuaciones, lo cierto es que los datos disponibles parecen de difícil adecuación a las variables de T. N. Dupuy. Sin embargo, cabría un cierto uso como hipótesis, pues podrían ayudarnos a explicar la contrastada eficacia de combate del ejército asirio y su evidente superioridad media frente a sus enemigos, incluso en guerras y combates mantenidos en condiciones de inferioridad numérica o en teatros de operaciones desfavorables.

#### **4.- ESTRATEGIA, TÁCTICA, MORAL Y EFICACIA DE COMBATE EN ASIRIA: LA BATALLA DEL ŪLĀIA**

La batalla del río Ūlāia (655 a. de C.), habida entre el ejército de Assurbanipal de Asiria (668-627 a. de C.) y Teumman de Elam, ha sido estudiada ya en reiteradas ocasiones<sup>52</sup>. El planeamiento, desarrollo y conclusión de la misma resulta un modelo aplicado de la teoría de la guerra vigente en Asiria. Las diferentes fuentes disponibles,

---

<sup>49</sup> Ch. Ardant du Picq: op. cit. 1988, pp. 73-79 y 99-102.

<sup>50</sup> T. N. Dupuy: op. cit. 1991, pp. 24-133.

<sup>51</sup> T. N. Dupuy: op. cit. 1991, pp. 27-36.

<sup>52</sup> L. Bachelot: “La bataille sur les bords de l’Oulaï”, *Les Dossiers d’Archéologie* 160 (1991), pp. 82-83. J. M<sup>a</sup> Córdoba: op. cit. 1997; J. Scurlock: op. cit. 1997. Sobre la batalla citada -que la autora llama “batalla de Til-Tuba”-, véanse pp. 506-509.



tratadas con los medios propios de la ciencia militar indicados, parecen permitir una reconstrucción plausible de la estrategia general y táctica primordial de la fuerza asiria, facilitando también una imagen aceptable de su conducta de combate y las razones presumibles de la tradicional eficacia de su ejército.

Con toda seguridad, los movimientos estratégicos de la campaña fueron trazados, por el mando central asirio, probablemente establecido en el *ēkal māšarti* de la capital. La existencia de una especie de estado mayor central ha de aceptarse, no sólo porque así se deduce de la misma jerarquía de los mandos encabezados por el rey<sup>53</sup>, como jefe nato del *kišir šarrūti* y el *šāb šarri*, sino también por la bien conocida centralización de los servicios de información en el entorno real y la fluidez permanente de las comunicaciones reservadas entre los diferentes servicios activos en las regiones fronterizas y el mando central<sup>54</sup>. Desde el *ēkal māšarti*, ese “estado mayor” y el rey deben haber definido la estrategia general y las grandes líneas tácticas que, ya en el teatro de operaciones, los comandantes del ejército comprometido habrían de desarrollar o adaptar. Por la experiencia adquirida en el teatro elamita, el ejército asirio debía disponer de varios planes aplicables según las circunstancias, pues la historia de los diferentes enfrentamientos habidos a lo largo de varios siglos revela preferencias repetidas, cambios alternativos o modificaciones profundas que responden a elección motivada, según las circunstancias militares y políticas, entre una amplia panoplia de planteamientos distintos. La presencia del monarca Teumman en Dēru obligaba a descartar una operación anfibia –como la que Senaquerib aplicó en su época–<sup>55</sup>, o lanzar dos ejércitos de operaciones que abrieran frentes distintos, al igual que en su día hiciera Sargón<sup>56</sup>. Se eligió pues movilizar un solo ejército, dotado de gran movilidad y potencia de choque, capaz de arrollar a los elamitas, penetrar profunda y rápidamente en el territorio enemigo y obtener una victoria inmediata y contundente. Se trataba de un plan estratégico elegido en función de los intereses políticos de Asiria, que imponían entonces una victoria indiscutible pero sin la aniquilación del enemigo y sus recursos, toda vez que por el momento se buscaba reponer en el trono a un protegido asirio. Teniendo en cuenta lo que C. von Clausewitz indica en otros casos, con los datos conocidos de la campaña gracias al prisma de Assurbanipal<sup>57</sup> y los relieves del palacio de Senaquerib de Nínive<sup>58</sup>, podríamos sugerir que el plan del mando asirio pretendía empujar al ejército elamita por el sector norte del teatro de operaciones, obligarle a proteger sus capitales e impedir su enlace con las fuerzas de Gambulu. Al tiempo, gracias a la rapidez del despliegue y la penetración subsiguiente, intentaba dificultar una adecuada concentración del enemigo, obligándole a presentar batalla en el mismo corazón del Elam, y tras la previsible victoria, forzar inmediatamente la entrada en Susa

<sup>53</sup> F. Malbran-Labat: op. cit. 1982, p. 161.

<sup>54</sup> Sobre los servicios de información y los *dayyāli* véase F. Malbran-Labat: op. cit. 1982, pp. 41-57. La autora añade –p. 56– que los informes eran centralizados en el palacio. Una interesante edición de los informes y cartas remitidas desde la frontera al rey Sargón II en G. B. Lanfranchi y S. Parpola (eds.): *The Correspondence of Sargon II, Part II. Letters from the Northern and Northeastern Provinces*. Helsinki University Press, Helsinki 1990. Sobre los informes militares véanse pp. XVIII-XIX, y sobre la intensidad de las comunicaciones, pp. XXII-XXIII.

<sup>55</sup> D. D. Luckenbill: *Ancient Records of Assyria and Babylonia. Volume II. Historical Records of Assyria*. Greenwood Press, Publishers, New York 1927, p. 146, párrafo 320.

<sup>56</sup> J. M<sup>a</sup> Córdoba: op. cit. 1997, p. 14.

<sup>57</sup> A. C. Piepkorn: *Historical Prism Inscriptions of Ashurbanipal. I*. The University of Chicago Press, Chicago 1933.

<sup>58</sup> R. Barnett, E. Bleibtreu y G. Turner: op. cit. 1998. La batalla aparece representada en los relieves de la famosa sala XXXIII del palacio de Senaquerib. Sobre las losas y relieves véase Vol. I, pp. 94-100. Buenas reproducciones en el Vol. II, láminas 286-320.

con la intención de imponer allí la paz en el menor tiempo posible. Semejante plan, ciertamente deducido pero no por ello menos probable, dada la sucesión de los hechos y los informes existentes, revela que el “estado mayor” asirio fue capaz de diseñar una campaña modelo de energía, velocidad y potencia de choque, rasgos deseables en cualquier ofensiva decidida, según el pensamiento clásico del general prusiano<sup>59</sup>.

En el lado opuesto, la información elamita no supo adelantarse a los hechos, por lo que Teumman tuvo conocimiento repentinamente de la presencia del ejército asirio en Dēru y del inicio de su rápido avance. Este efecto sorpresa produjo la desorganización de las tropas iránias, impidiendo su despliegue y obligando a una rápida retirada. Teumman se dirigió a Susa, abandonando a su suerte dos ciudades reales, consiguiendo organizar la defensa de la capital sólo a cambio de una fuerte cantidad de oro y plata<sup>60</sup>. En términos de ciencia militar esto significa, ni más ni menos, que la batalla estratégica ya había sido ganada por el mando central asirio antes de que los ejércitos comprometidos entraran en combate.

Con los mismos elementos antes citados –el pensamiento clásico y los recursos propios de la ciencia militar por un lado como instrumento analítico, y los relieves de la sala XXXIII del Palacio de Senaquerib de Nínive más la información deparada por el Prisma de Assurbanipal por otro–, podemos intentar reconstruir la táctica aplicada por el mando operativo en aquella batalla decisiva. Los elamitas escogieron la cuenca del río Ūlāia, ocupando sus dos orillas, lo que parece desprenderse de la inscripción del rey asirio<sup>61</sup> y del escenario representado en los ortostatos 1, 2 y 3 de la sala XXXIII<sup>62</sup>. La posición escogida era teóricamente fuerte, pero había de convertirse en una ratonera para los iránios, dada la capacidad de choque de los asirios, su resolución y la audacia demostrada por el mando táctico, lógicamente informado del plan estratégico e impelido por ello a una resolución rápida. Frente a la tradicional acometividad táctica asiria de asalto y siempre adelante –en esta ocasión incluso urgido por razones estratégicas–, el despliegue elamita en el río podía convertirse en una elección desastrosa, tal y como indica C. von Clausewitz para situaciones parecidas<sup>63</sup>. Arrolladas en todo el frente –lo que resulta manifiesto en el seguimiento de toda la escena representada–, las tropas de Teumman se verían precipitadas en las aguas del Ūlāia, como se distingue bien en los relieves, cruzando el río aquellos que pudieron y que, unidos a las fuerzas inútilmente apostadas en la otra orilla, emprenderían la fuga por la llanura buscando la protección de los muros de Susa. Tan desorganizada retirada tuvo que traducirse en una verdadera matanza, tal y como indica la inscripción del prisma del monarca asirio<sup>64</sup>.

Los bajorrelieves de la sala XXXIII son pues una especie de relato en imágenes de las distintas fases de la batalla, y al tiempo nos permiten proponer algunas hipótesis sobre el despliegue de las tropas asirias. Según parece (Fig. 1), los ortostatos enteros debían presentar una composición de seis registros o frisos de arriba abajo y continuados por los tres considerados, de izquierda a derecha (inferiores) y de derecha a izquierda (superiores). Los tres frisos superiores parecen haber representado los efectos de la derrota; los tres inferiores, las distintas fases de la batalla hasta su culminación. Como la destrucción de la parte superior de los ortostatos impide reconstruir lo narrado

<sup>59</sup> C. von Clausewitz: op. cit. 1991 (edición de W. Hahlweg), pp. 873-874.

<sup>60</sup> A. C. Piepkorn: op. cit., pp. 66-67 y 68-69.

<sup>61</sup> A. C. Piepkorn: op. cit., pp. 68-69.

<sup>62</sup> R. Barnett, E. Bleibtreu y G. Turner: op. cit. 1998, vol. II, lámina 286, 288-289 (Losa 1), 292-293 (Losa 2) y 296-297 (Losa 3).

<sup>63</sup> C. von Clausewitz: op. cit. 1991 (edición de W. Hahlweg), p. 746.

<sup>64</sup> A. C. Piepkorn: op. cit., 1933, pp. 68-69.

en los tres registros de arriba<sup>65</sup>, vamos a centrarnos primero en la estricta descripción de la batalla tal y como viene reproducida, atendiendo luego al análisis de las tropas y su ordenamiento táctico.

El ortostato 1 (Fig. 2) podría reproducir dos momentos: la pérdida de la altura en la que se apoyó el dispositivo de Teumman al oeste del río Ūlāia, y el hundimiento del frente dispuesto en la llanura, que tenía a su espalda el curso del río. Puede que como apuntan R. D. Barnett, E. Bleibtreu y G. Turner, la altura señalada sea en realidad parte de la representación convencional de una ciudad elamita<sup>66</sup> –recogida en un ortostato anterior perdido–, conquistada anteriormente por los asirios. Pero también cabría la explicación propuesta, toda vez que el relato parece lineal, y de la altura como supuesto punto fuerte elamita y el llano donde se planteó el combate (Ortostato 1 y parte del Ortostato 2: Figs. 2 y 4), se pasa al área inmediata a las orillas del río, llena de vegetación, y al curso del mismo (parte del Ortostato 2 y Ortostato 3: Figs. 4 y 6), donde se lanzan o son arrojados los elamitas en fuga. El orden de lectura de los registros debe hacerse de izquierda a derecha, empezando en los dos registros inferiores del Ortostato 1, continuando luego en los dos inferiores del n<sup>o</sup> 2 y terminando con la vista de conjunto de los últimos combates, ofrecida ya simultáneamente en los tres registros inferiores del Ortostato 3. Después, la lectura deberá continuar por el registro superior del n<sup>o</sup> 2 (Fig. 4), con la visión de la llanura tras la batalla –llena de cadáveres de soldados, animales y despojos de carros y armas–, para terminar en el registro superior del n<sup>o</sup> 1 (Fig. 2), donde se representa una tienda de campaña en la que se cuentan y amontonan las cabezas de los enemigos decapitados, y se reproduce el carro que partió hacia la capital asiria, portador de la cabeza de Teumman y la noticia de la victoria. El contenido y el orden de lectura de los textos inscritos avalaría esta propuesta. En el registro central y en el medio mismo del Ortostato 2, se lee: 4) <Ur-ta-ku> ša i [na u]š-ši muḫ-ḫu-šu la iq-tu-u z[i-meš] / 5) a-na na-kas s[a]ḡ-du ra-me-ni-šú dumu-meš kur aššurKI i-ša-<sup>r</sup> as<sup>1</sup>-[si] / 6) um-ma al-ka sag-du-ḡu<sup>10</sup> kud-is-ma ma-ḫar lugal en-[ka] / 7) i-ši-ma le-e-qé mu sig5-ḡim<sup>67</sup>. La referencia a Urtaku en este registro central quizás sugiera que el yerno de Teumman estaba al mando del centro elamita, dado que las dos menciones al mismo rey y su hijo, así como sus representaciones físicas en el relieve se pueden seguir en el registro superior, acaso el ala derecha del ejército iranio. Así, en el siguiente Ortostato 3 (Fig. 6) se ven dos inscripciones referidas a situaciones continuadas en el tiempo: la primera, más breve, dice: ITe-um-man <ša> ina mi-qit ṭe-e-me a-na dumu-šú iq-bu-u šu-le-e GISpan<sup>68</sup> –que supongo se corresponde con una fase del combate muy próxima al total desplome de las fuerzas elamitas, por la urgencia de la demanda del padre a su hijo–; la segunda, supone el breve relato de la fuga y muerte de ambos tras el hundimiento final, todo descrito con escueto y dramático realismo: 24) [ITe-um-man XX ku]r Elam-maKI šá ina mē [dan-ni muḫ-ḫu-šu] / 25) ITam-ma-ri-tu dumu-šú gal-u šu-min-su iṣ-ba-tu-ma / 26) a-na šu-zu-ub zi-šú-un in-nab-tú [iḫ-lu-pu ki-rib GISpan-ti / 27) i-na tu-kul-ti An-šár u DXV a-nir-šú-un-ti / 28)[saḡ-du-šú-un kud-is

<sup>65</sup> R. D. Barnett, A. Bleibtreu y G. Turner: op. cit. 1998, Vol. I, p. 94.

<sup>66</sup> R. D. Barnett, A. Bleibtreu y G. Turner: op. cit. 1998, Vol. I, p. 94.

<sup>67</sup> A partir de E. F. Weidner: “Assyrischer Beschreibungen der Kriegs-Reliefs Aššurbânâplis”, *Archiv für Orientforschung* 8 (1932-1933), pp. 175-203. Vid. p. 182, 15. Nueva transcripción por R. Borger: *Beiträge zum Inschriftenwerk Assurbanipals*, Wiesbaden 1996, 302-ss. La traducción podría ser: “Urtaku (el yerno de Teumman), que había sido herido por una flecha, sin que él perdiera la vida, llamó –para que a él mismo le fuera cortada la cabeza– a un asirio con las palabras: ¡Ven! córtame la cabeza y llévala ante el rey, tu señor, y toma por ello para ti un nombre destacado”.

<sup>68</sup> E. F. Weidner, op. cit. 1932-1933, p. 178, 7a. Actualización en R. Borger: op. cit. 1996, 300. Cuya traducción española sería “Teumman en su desconcierto dijo a su hijo: ¡dispara con tu arco!”.

*mi-iḫ-ri-it a-ḫa-meš*]<sup>69</sup>. La lectura visual antes propuesta finaliza en el registro superior del Ortostato 1 (Fig. 2), con la inscripción que figura sobre el carro que parte camino de Asiria, concluyéndose los hechos narrados diciendo que un simple soldado de su ejército le cortó la cabeza al rey de Elam, y que para darle la buena nueva se la enviaron apresuradamente a Nínive<sup>70</sup>.

Pero como antes apuntaba, además de la descripción física de la batalla, los relieves nos permiten entrever cosas muy diversas, acaso incluso el ordenamiento táctico de las tropas comprometidas. La aparente mezcolanza de unidades y uniformes representados por los escultores se convierte en una curiosa formación –posiblemente y ni más ni menos que el orden de batalla adoptado habitualmente o en ese combate por el ejército asirio–, si recurrimos a aplicar un código que nos ayude a distinguir con mayor claridad la situación de los combatientes con armamento y uniforme semejantes. La batalla se esculpió en tres frisos o registros, que quizás podamos suponer representación esquemática de los tres núcleos del despliegue táctico. Si nos fijamos, casi podría decirse que el escultor trató de conseguir una cierta perspectiva, pues entre el registro de abajo y el de arriba hay una disminución evidente en la proporción de las figuras. En el registro superior –en realidad, pequeños fragmentos de los ortostatos 1 y 2, y todo el registro del 3 (Figs. 3, 5 y 7), se recogería la imagen de la izquierda asiria–. Si examinamos la escena con atención notaremos que sólo aparecen dos tipos de tropas: una infantería muy bien equipada, con casco puntiagudo típico, armadura de placas, botas, un gran escudo y lanza o armas cortas (señalados en color rojo/anaranjado claro) y unos arqueros de equipo ligero (en color verde). En mi opinión, nos encontramos ante unidades del ejército asirio<sup>71</sup> apoyadas por arqueros arameos<sup>72</sup>. En el registro central –que recogería el ataque de las unidades desplegadas entre las dos alas asirias–, percibimos la presencia de otras tropas: una unidad asiria equipada del mismo modo que en el registro superior (color rojo/anaranjado claro), que incluye lanceros y arqueros; otra unidad de infantes equipados con grandes escudos verticales, lanza, un pequeño peto y casco de cimera peculiar (color azul), y arqueros ligeros equipados como los representados en el registro superior (color verde). Creo que el centro estaba formado por unidades asirias, arqueros arameos y auxiliares luvitas, identificados por su equipo y su casco<sup>73</sup>. Finalmente, el registro inferior de las tres losas reproduciría el despliegue y ataque del ala derecha, compuesta por la caballería del ejército asirio, fuertemente equipada tanto en hombres como en caballos, con lanzas y arcos (color rojo/anaranjado claro), agrupaciones de lanceros con casco cónico típico y gran escudo (color rosa), seguidos de otra agrupación con armamento parecido pero con ligeras diferencias, como el pequeño peto cruzado en el pecho (color amarillo), otro guerrero equipado al estilo

<sup>69</sup> E. F. Weidner: op. cit. 1932-1933, p.180, 9. Actualización en R. Borger: op. cit. 1996, 300-301. Que podría leerse así: “Teumman, el rey de Elam, que en la impetuosa batalla había sido herido, de su mano Tamritu, su hijo mayor, le cogió, y para salvar sus vidas, huyeron, y se ocultaron en el medio del bosque. Con la ayuda de Aššur y de Ištar yo les maté, y corté sus cabezas de uno frente a otro”.

<sup>70</sup> R. Barnett, E. Bleibtreu and G. Turner: op. cit. 1998, Vol. 1, p. 95.

<sup>71</sup> El equipo de estas tropas sugiere los rasgos típicos de representación de las tropas nacionales asirias –según J. Reade: op. cit. 1972, pp. 103-104–: en el mismo orden M. Healy: op. cit. 1995, p. 62. Es obvio que se trata de unidades excelentemente armadas, pero dado que el monarca no estuvo presente en el combate, así como la tipología del escudo, se trata de tropas del ejército permanente y no de la guardia real.

<sup>72</sup> Las bandas que cruzan el pecho, la cinta de lienzo que ciñe la frente y el pelo, el tipo de arco y la aljaba identifican a los arqueros representados como arameos. Véase J. Reade: op. cit., 1972, pp. 104-105. M. Healy –en mi opinión, sin razones de peso– sugiere que se trata de arqueros auxiliares “neo-hititas”: M. Healy: op. cit. 1995, p. 61.

<sup>73</sup> J. Reade: op. cit. 1972, p. 106.

lúvita (color azul) y, entre todos, arqueros con igual aspecto al ya descrito anteriormente. Formarían el ala derecha la caballería asiria del ejército permanente<sup>74</sup>, infantería asiria de unidades diferentes a las ya comentadas, tal y como indica su armamento y casco típico<sup>75</sup>, otras unidades de infantería armadas de forma parecida pero con sutiles diferencias, que tal vez sugieran su condición de auxiliares babilonios<sup>76</sup>, alguna unidad lúvita y por último, los imprescindibles arqueros arameos.

Como resumen, creo que en el relato visual de la batalla esculpido en el palacio de Senaquerib tenemos no un capricho de artista, sino una representación esquemática del planteamiento táctico de la batalla del Ulaya, en el que acaso percibamos las preferencias tácticas tradicionales de los mandos asirios: combinación de tropas asirias con auxiliares de otras naciones, formación en vanguardia del ejército permanente como punta de ataque de las alas y el centro, y despliegue de arqueros y honderos cuyo fuego de cobertura protegía y reforzaba el avance de unidades de lanceros. A poco que nos fijemos, despliegues y combinaciones semejantes aparecen en otros relieves y batallas, como en el célebre asalto a Lakīsu<sup>77</sup>.

Visto pues el planteamiento estratégico, el despliegue de las unidades y el desarrollo aparente de la batalla, pasemos a considerar los aspectos valorables de los movimientos tácticos, del combate y los multiplicadores de fuerza, de acuerdo con cuanto sugería al principio. La bondad evidente de la combinación de unidades distintas, su manifiesta disciplina y la solidaridad de las formaciones entre sí –infantería pesada nacional y arqueros auxiliares en el ala izquierda, infantería pesada nacional, auxiliar semipesada y arqueros auxiliares en el centro, e infantería nacional y auxiliar semipesada, arqueros auxiliares y caballería pesada en el ala derecha– explicarían el buen comportamiento del ejército en el combate, que equilibra las virtudes de las distintas unidades, manteniendo siempre el carácter decisivo de las nacionales. Tomando una vez más en consideración la obra de Ch. Ardant du Picq, resulta obvio que el armamento y la decidida táctica asiria, al tiempo que fortalecía su moral de combate, hubo de provocar el hundimiento de la moral de resistencia de los elamitas. Los relieves permiten sugerir el siguiente despliegue táctico: ataque avanzado de las alas izquierda y derecha amparado en el empuje de la infantería pesada (izquierda) y la caballería pesada e infantería semipesada (derecha), cubiertos ambos por el fuego de los arqueros auxiliares. Este empuje decisivo se veía correspondido por el del centro, que parece volcado en liquidar la bolsa de los enemigos copados.

Así pues, la disciplina de las unidades del ejército asirio y su capacidad de empuje a paso de carga, cubierto por el fuego a discreción de los arqueros, o el avance de los escuadrones de caballería pesada del ala derecha, al paso primero y al galope después, debió ser un espectáculo aterrador para las líneas delanteras de los iraníes, y acicate para la fuga de las últimas filas, que querrían intentar el cruce del río mientras fuera posible y ponerse a salvo, tanto más cuando el combate se presentaba tras una retirada y fracasos reiterados. Una suma de factores tal, combinada con la conciencia

<sup>74</sup> Armamento, tipos y sugerencias en las fuentes escritas así lo indicarían, como corroboran J. Reade: op. cit. 1972, p. 103; M. Healy: op. cit. 1995, p. 62 y N. Postgate: op. cit. 2000, pp. 99-100.

<sup>75</sup> Serían los lanceros de la primera unidad, con faldellín y casco puntiagudo que se corresponden con los rasgos apuntados como asirios: J. Reade: op. cit. 1972, pp. 101 y 104.

<sup>76</sup> Ninguna evidencia incontrovertible me lleva a suponer su condición babilonia, salvo la presumible presencia de unidades auxiliares de tal procedencia, cuyo armamento y aspecto físico parece haber estado próximo al asirio: así N. Stillman y N. Tallis: op. cit. 1984, p. 174, figs. 159 y 160.

<sup>77</sup> R. Barnett, E. Bleibtreu y G. Turner: op. cit. 1998. La toma de la ciudad palestina aparece recogida en los relieves de la Sala XXXVI. Para la descripción de las losas, Vol. I., pp. 101-105. Láminas, Vol. 2, láminas 322-352.

del curso del río situado a espaldas de las tropas debió destruir la disciplina elamita y su voluntad de resistencia, tanto más cuanto las aguas del Ūlāia empezaron a sentirse como un mortal impedimento de la retirada, y no como el refuerzo buscado para un despliegue defensivo. Por el lado asirio, la agrupación de tropas del registro superior del Ortostato 1 quizás indique también una buena conservación de la agrupación tras el choque, como corresponde a unas tropas tan bien adiestradas como las de Nínive y sus auxiliares, capaces de aplastar al enemigo hasta empujarle fuera del campo de batalla, y la caballería representada en el registro inferior, hendiendo las unidades elamitas que se baten en retirada, como una óptima utilización de este tipo de arma<sup>78</sup>.

En la misma línea y recurriendo a los parámetros propuestos por T. N. Dupuy, resulta que una disciplina contrastada, excelente equipamiento y audacia de movimientos debieron producir aquí un efecto multiplicador ventajoso para los asirios, efecto alcanzable incluso en una situación de inferioridad numérica, como había sido el caso, por ejemplo, en la batalla de Uauš en Urartu, el año 714 a. de C.<sup>79</sup>. Y si pudiéramos recoger los valores ponderables necesarios para establecer su potencia de combate, en la línea propuesta por el mismo T. N. Dupuy, aún considerando que los elamitas no eran un enemigo menor, resultaría que la potencia asiria podría haber alcanzado una proporción mayor incluso que la manifiesta superioridad alemana sobre la aliada durante la II Guerra Mundial<sup>80</sup>, establecida en 1,2 (100 alemanes equivalían a 120 aliados). Una ecuación de superioridad que ni la fricción de combate, la disminución de rendimiento y el desgaste parecen haber afectado seriamente.

## 5. EPÍLOGO

En el curso de las operaciones que llevaron a la batalla del Ūlāia, el ejército asirio se reveló muy superior a sus enemigos en los aspectos fundamentales: planteamiento estratégico, iniciativa estratégica –que mantuvo siempre– y dominio de la información. Luego, en el combate entablado en la cuenca del río habrían de manifestarse las virtudes que le hicieron superior en el enfrentamiento táctico: profundos valores asumidos, ordenación y solidaridad entre combatientes como raíz de una excelente moral de lucha: equipamiento de calidad, disciplina y la seguridad propia de un continuo adiestramiento, realidades que actuaron como efecto multiplicador.

En resumen, si consideramos los elementos disponibles en las fuentes y operamos mediante análisis guiados por la ciencia de la guerra –teoría de la dirección de la guerra (C. von Clausewitz), teoría del combate y sus efectos en la moral del combatiente (Ch. Ardant du Picq) y hasta dónde y como sea posible, la teoría de las variables de combate (T. N. Dupuy)–, parece que podremos alcanzar una mejor comprensión de la naturaleza de la ciencia de la guerra en Asiria y de la capacidad de sus ejércitos. No es una casualidad que, durante más de doscientos años de incesante batallar en escenarios diversos y distantes, el ejército asirio se mostrara prácticamente invencible.

---

<sup>78</sup> Ch. Ardant du Picq: op. cit. 1988, pp. 73-79.

<sup>79</sup> J. Blanchar Smith: op. cit. 1994. J. Scurlock: op. cit., 1997, pp. 498-503.

<sup>80</sup> T. N. Dupuy: op. cit. 991, p. 141.

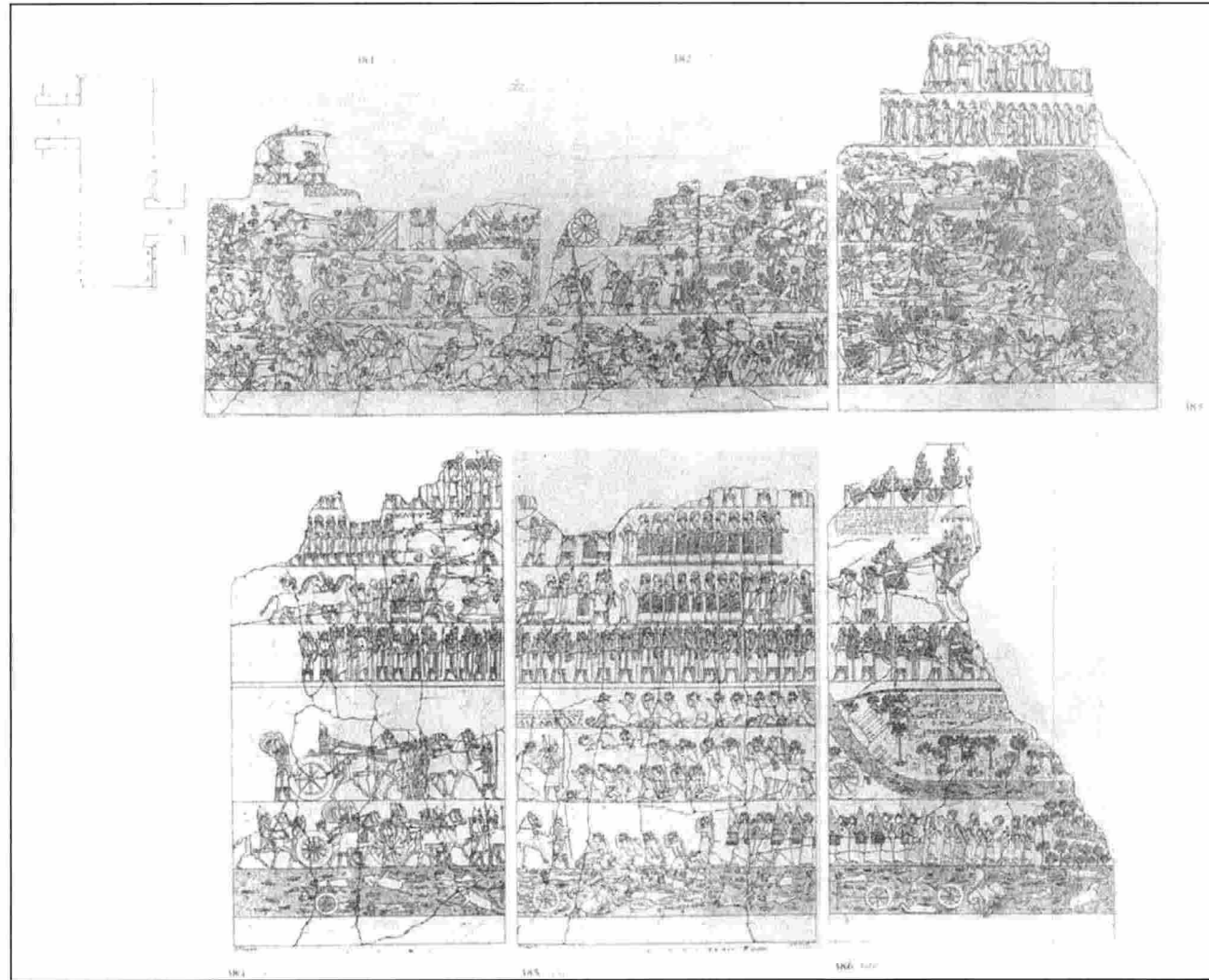


Fig. 1. Ortostatos esculpidos -Sala XXX del Palacio de Senaquerib, Nínive-, con el relato de la batalla del río Ūlāia (1, 2 y 3) y sus consecuencias políticas inmediatas (4, 5 y 6). El trabajo atiende a los tres registros inferiores de los ortostatos 1, 2 y 3, a la izquierda del paso a la Sala XXX (R. D. Barnett et al., 1998, Vol. II, lámina 286).

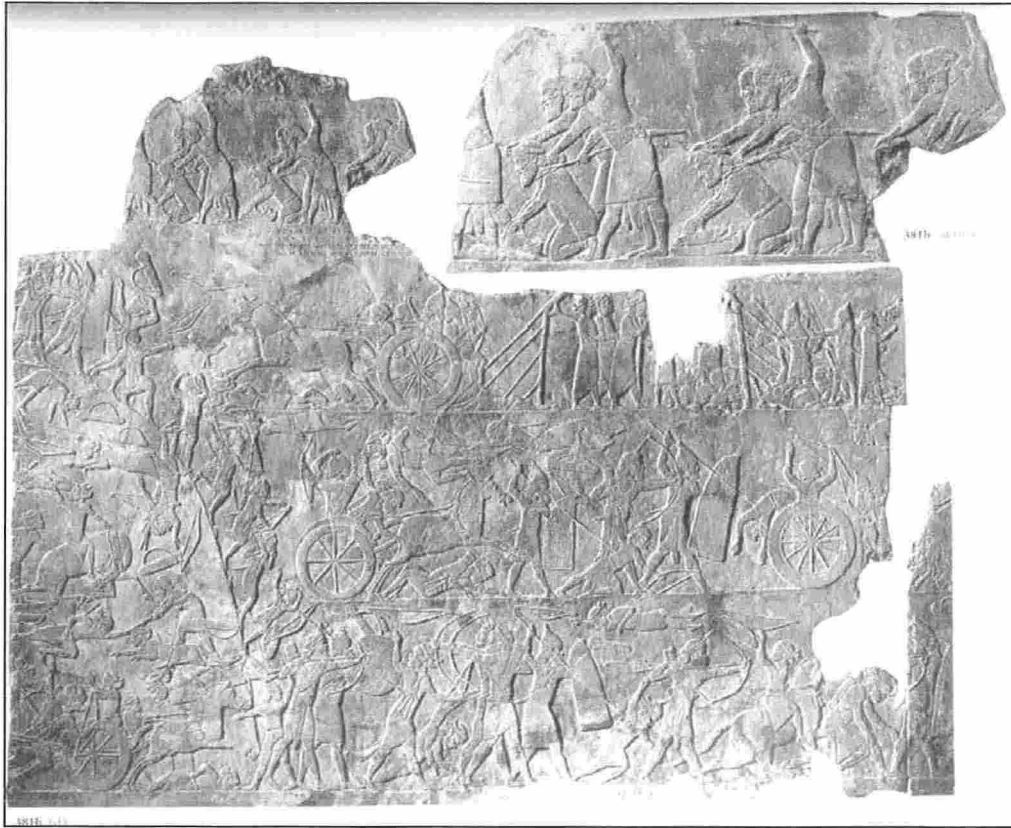


Fig. 2. Batalla del río Ūlāia. Ortostato n° 1 (R. D. Barnett et alt., 1998, Vol. II, lámina 289).



Fig. 3.- Ortostato n° 1, dibujo original de A. H. Layard. (R. D. Barnett et alt., 1998, Vol. II, lámina 288), modificado para facilitar la identificación de las unidades desplegadas según la propuesta.



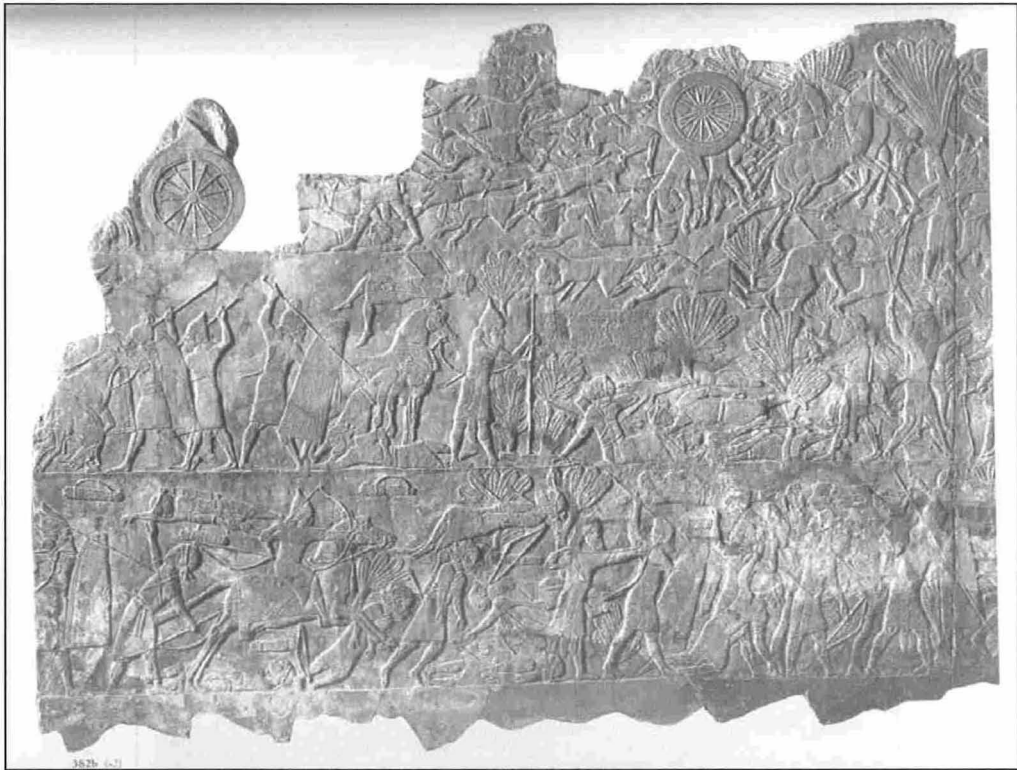


Fig. 4. Batalla del Ūlāia. Ortostato n° 2 (R. D. Barnett et alt., 1998, Vol. II, lámina 293).

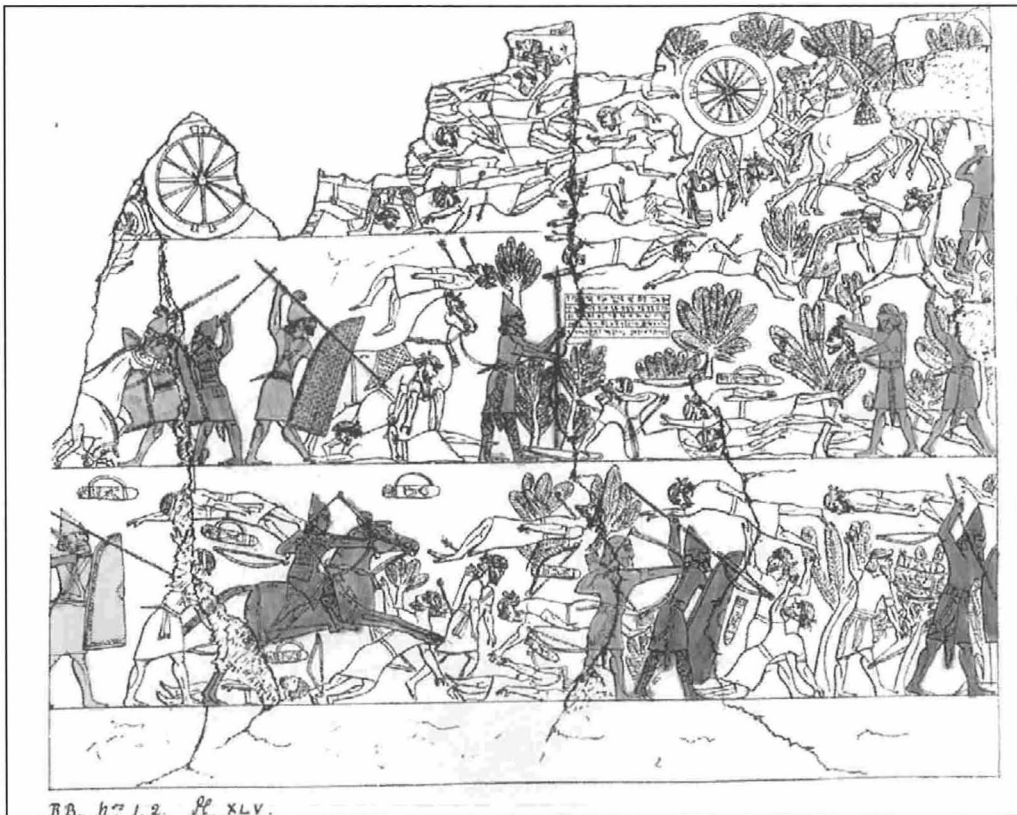


Fig. 5. Ortostato n° 2, dibujo original de A. H. Layard (R. D. Barnett et alt., 1998, Vol. II, lámina 292), también modificado para facilitar la identificación de las unidades desplegadas.

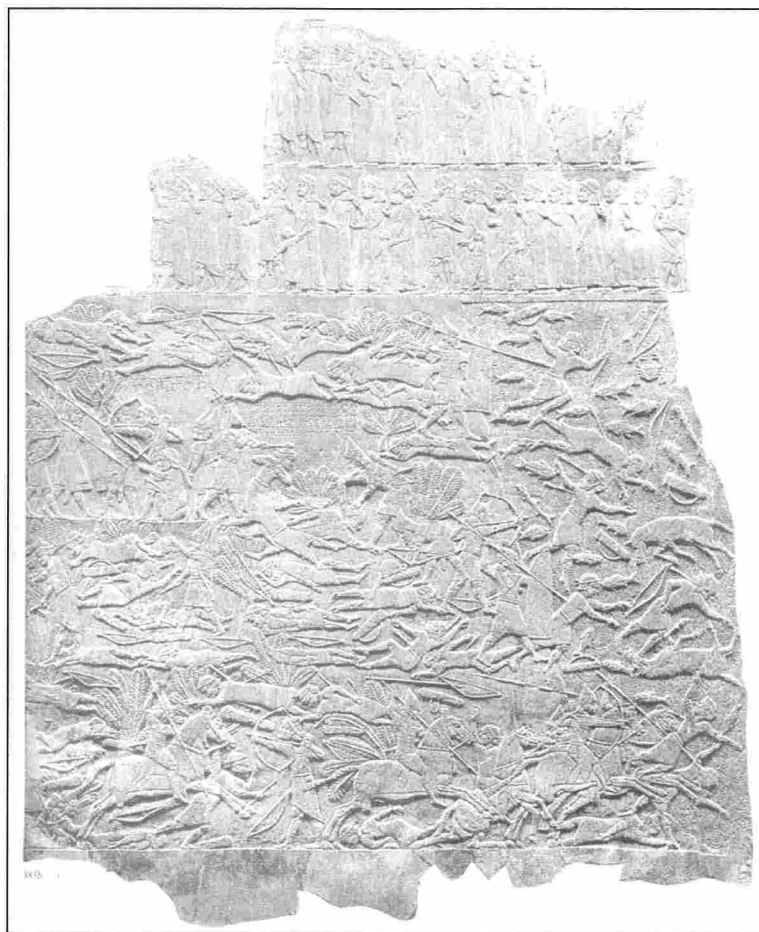


Fig. 6. Batalla del río Ūlāia. Ortostato n° 3 (R. D. Barnett et al., 1998, Vol. II, lámina 297).



Fig. 7. Ortostato n° 3, dibujo original de A. H. Layard (R. D. Barnett et al., 1998, Vol. II, lámina 296), igualmente modificado para facilitar la identificación de las unidades desplegadas.